

La influencia negativa de la tecnología de información y comunicación en la familia actual

Liliana Marín*

<http://dx.doi.org/10.21503/lex.v9i8.406>

* La autora es titulada en Derecho por la Universidad San Martín de Porres, docente en la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la Universidad Alas Peruanas y ha ejercido la docencia en las Universidades César Vallejo y Norbert Wiener, presentando en estos días su tesis a fin de optar al grado de Magíster en Derecho en la Universidad Federico Villarreal.

Lex

“Es posible tener razón y aun así sufrir la derrota. La fuerza puede vencer al espíritu y hay momentos en que el coraje no tiene recompensa”.
Albert Camus

“El siglo XVII fue de las matemáticas, el siglo XVIII el de las ciencias físicas, el siglo XIX el de la biología y nuestro siglo XX es el siglo del miedo”.
Albert Camus

Cuando aparece el *homo sapiens*, hace unos 200,000 años, era en muchos aspectos inferior a los demás habitantes de su mundo. No tenía las garras de un león o tigre, los colmillos de los lobos, los pumas o las panteras, la velocidad o la agilidad de una gacela, un felino o un dingo; tampoco poseía abrigo natural contra el frío como la piel de estos animales, la coraza de un cocodrilo, ni mucho menos iba con su casa auestas como la tortuga, el cangrejo o el caracol.

Las fortalezas de nuestros desnudos e indefensos antepasados estaban constituidas por el tamaño de su cerebro y el pulgar opuesto a los demás dedos. El cerebro más desarrollado le permitió un pensamiento diversificado y potente y la configuración de sus manos le dio flexibilidad para hacer realidad sus pensamientos.

Desde su aparición, la nueva criatura no ha cesado en la búsqueda permanente de adecuar el medio ambiente natural –inicialmente, a sus necesidades de supervivencia, alimento, abrigo, defensa, y posteriormente a sus gustos buscando su comodidad e incluso el lujo– hallándole utilidad a lo existente, creando nuevas cosas, descubriendo elementos o inventándolos, recordemos que el hombre es también *homo faber*, hombre que hace.

En esa búsqueda incesante, el hombre crea inicialmente los mitos, luego aparece el pensamiento filosófico y finalmente desarrolla las ciencias, las que a su vez permiten la aparición de la tecnología.

En una primera etapa, el hombre utiliza elementos naturales para ayudarlo en su labor o produce herramientas que van a aliviar su trabajo en tareas sencillas. Luego, en su avance incansable, crea máquinas que, entre otras cosas, le permiten la producción en serie. Finalmente, estamos ya en un tercer estadio en el cual existen los autómatas mecánicos o robots, si bien su uso aún es muy limitado.

Por otra parte, el hombre ha tenido la necesidad de sentirse bien espiritualmente y trata de determinar qué es lo correcto y qué es lo incorrecto desarrollando la moral, esto es, la

valoración de los actos humanos en relación a lo que se considera adecuado o inadecuado, dentro del marco de valores imperantes en una sociedad. Esta búsqueda de lo correcto o incorrecto da lugar en derecho a la aparición del *jusnaturalis*, aquel Derecho existente de por sí, a diferencia del Derecho Positivo, aunque es evidente que el Derecho Positivo debería derivar o ser la formalización del *jusnaturalis*.

Justamente, en esa dirección de pensamiento, uno de los tópicos en el debate actual acerca de ciencia y tecnología es la determinación de qué tanto han servido estas para configurar a las sociedades modernas y transformar a las tradicionales. Los progresos científicos, como también los tecnológicos, han modificado radicalmente la relación del hombre con la naturaleza y la interacción entre los seres vivos.

La ciencia y la tecnología no se pueden estudiar fuera del contexto social en el que se manifiestan. Entre ambas existe una relación simbiótica; en otras palabras, conviven en beneficio mutuo, aunque el efecto de ambas actuando conjuntamente es infinitamente superior a la suma de los efectos de cada una actuando por separado. Ante estos progresos que no podrían ni siquiera imaginar nuestros antepasados, empiezan a surgir preguntas cada vez más serias sobre el lugar que incumbe a la ciencia y la tecnología en nuestra sociedad.

En los momentos actuales, parte importante, principal en realidad, de esta ciencia y tecnología, está constituida por las tecnologías de información y comunicación. Este trabajo versa sobre la influencia de dos aspectos de las mismas –la televisión, sin y con cable, y el Internet– sobre la familia, centro de interés del presente artículo.

A fines de la década del 50, llega la televisión al Perú e, innegablemente, cambió la vida familiar trayendo un mundo de posibilidades, no solamente de comunicación, sino, y básicamente, de educación, distracción y, en general, de desarrollo.

Inicialmente, no llegamos a captar todo lo bueno pero tampoco todo lo malo que podía conllevar, como todos los inventos, el nuevo invento. La programación de los distintos canales de televisión que aparecieron se inició de una manera suave, atrayente, más aún, quizás debamos usar el término, “convinciente”.

Series de televisión que, de una u otra manera nos hacían recordar, copiaban o semejaban las películas de nuestra niñez, como Tarzán, Tin Tán, El Loco Valdez, las películas del oeste, con los cowboys que durante años nos habían metido en el cerebro, sin darnos ninguna, no sólo digamos capacidad, sino incluso posibilidad de análisis, haciéndonos aplaudir lo que con el tiempo veríamos que era el genocidio de las diversas tribus, apaches, comanches, mostrados como salvajes sedientos de sangre, en contra del joven y la damisela sajones.

Y en este sentido, hay que reconocer la capacidad que tuvieron los autores de ese gran psicosocial de hacernos no sólo admirar a los autores de uno de los mayores genocidios de la historia sino, incluso, ¡desear ser uno de ellos! Y así, durante años, la niñez de América, norte centro y sur, jugó a vaqueros e indios, por supuesto aceptando de mala gana cuando nos tocaba el papel de miembros de una raza que recibió con nobleza y solidaridad a los viajeros del Mayflower evitando su desaparición por obra de los elementos de la naturaleza y del hambre ante su imprevisión e incapacidad inicial de adaptarse a un medio ambiente fuerte, (lo que da lugar a la celebración del Día de Acción de Gracias, en recuerdo de esa acción de salvataje, en que recibieron alimento y abrigo) y mereciendo, luego, de los salvados una agresión organizada de tal magnitud, que, en la práctica, ha casi desaparecido a sus salvadores, metiendo a los sobrevivientes en reservaciones que constituyen verdaderos campos de concentración, donde por siglos los han tratado de embrutecer con al alcohol, las drogas, el maltrato y la pérdida de su identidad y autoestima.

Así, la televisión fue un medio más que vino empleando los Estados Unidos y otros países para difundir no sólo su cultura o incultura, sino incluso impregnarnos de ideas que, bajo cualquier punto de vista, constituyen aberraciones lógicas y, por supuesto, una violación brutal a lo que aceptamos por ético y moral, si realmente creemos en los valores que oficialmente aceptamos y pregonamos: el respeto a los derechos humanos, la convivencia pacífica y la solidaridad (en nuestro caso, especialmente la solidaridad americana).

Alguien podría argüir que eso ya existía con el cine, la radio, la prensa y otros medios de comunicación, pero en estas circunstancias era más grave, ya que habían logrado ingresar, de manera suave, silenciosa, sin necesidad de lucha ni peleas, al centro mismo de la sociedad, al refugio familiar, al corazón de la misma: el hogar. Posteriormente, han seguido una serie de psicosociales, como la creación de “rambo” y otros, que únicamente constituyen mensajes de abuso, violencia con el subyacente y permanente mensaje de superioridad de una raza y un sistema de vida.

Pero no quiero apartarme del tema, no son simplemente los mensajes de violencia y, por supuesto, también de sexo, pues la degradación tiene que ser total. De hecho, con anterioridad a la aparición de la televisión, las personas iban al cine, a tomar su dosis de contaminación mental una o, a lo más, dos veces por semana. Entre tantas películas había algunas con alto contenido positivo y dignas de ser vistas. Sin embargo, si hacemos un balance del cine que llega a nuestras latitudes, veremos que este es bastante negativo. Aún así, ahora la agresión es permanente y no requiere de ningún desplazamiento.

Si conjugamos esto con el hecho de que en la actualidad es normal que tanto la mujer como el hombre deban trabajar fuera de casa, entonces tenemos un primer problema: una

casa donde están los niños, sin mayor orientación, solos o quizás con una empleada o familiar que debe, a su vez, ocuparse de otras cosas, en contacto con una fuente de imágenes de violencia, sexo e invitaciones al consumismo muy atractivas y bien adornadas.

Estas imágenes introducen mensajes subliminales negativos estimulando, por una parte, la incipiente sexualidad de los niños y, por otra, orientándolos hacia la agresividad y finalmente llenándolos de frustraciones al no poder tener todo aquello que ven ofrecido en la televisión. Todo esto los conduce a la convicción de que la vida debe ser una búsqueda de riquezas para poder llegar a alcanzar lo que el mundo “globalizado” ofrece, pues la posesión de una serie de símbolos de status es todo lo que importa. Tenerlos significa “éxito” y que quien no los tiene es un fracasado no digno de ser tenido en cuenta. Muchas veces, entre estos “fracasados” pueden encontrarse incluso sus progenitores.

Un segundo tema relacionado con la televisión es el uso del tiempo. Como ya he mencionado, la institución familiar ha sido reemplazada por la búsqueda continua del placer visual y auditivo que ofrece la televisión. Múltiples estudios muestran un cuadro preocupante, por decir lo menos, en el que un promedio de veinte horas de televisión semanales son restadas al estudio, al descanso y, básicamente, a la vida en familia. Dado que el tema es jurídico o máxime de sociología jurídica, no se ha profundizado mucho si la mayoría de personas conversa con sus familiares o simplemente se sienta a la mesa con ellos durante la ingestión de alimentos, o si se dedican a ver televisión.

Tenemos, como tercer punto, que la alteración del sistema de valores influye también y de manera gravitante en las relaciones familiares. El padre y la madre, que antes eran valorados por su dedicación a los hijos, calidad humana, empeño en llevar adelante la familia, ahora pasan a ser contrastados con modelos de riqueza, belleza y desempeño que, si bien generan admiración en muchos niños, adolescentes e incluso adultos, muchas veces son modelos negativos, personas que “han triunfado”, cuando ese triunfo lo que significa en realidad es el triunfo de la codicia, de los antivalores o por último, de una cierta inteligencia ligada, indisolublemente, a una falta total de escrúpulos. La situación descrita lleva, como es evidente, al deterioro de la relación padre o madre – hijo, con este último sintiendo que su padre no hace lo que debe, al no proveerlo de los bienes de que otros muchachos si disfrutan.

Evidentemente, todo esto puede ser combatido (con menor o mayor éxito) por padres que se interesen y trabajen en la formación de sus hijos, pero es muy difícil esta verdadera lucha contra los medios de comunicación que se ven reforzados por los periódicos, pancartas de anuncios, etc.

Hemos hablado anteriormente de que así como conlleva cosas malas, la tecnología nos trae

cosas buenas, más aún, esta relación debería ser la primordial, ya que no podríamos concebir que se diseñe una nueva tecnología para el mal de la humanidad. Si observamos las inmensas posibilidades que ofrece la televisión a la educación o socialización de los menores y mayores, veremos que estas son interminables, sin embargo lo tratado y hallado es el mal uso de esta televisión, en aras, evidentemente, de intereses comerciales.

Un efecto benéfico de la televisión fue logrado por el periodismo mundial al transmitir en vivo y en directo los horrores de la guerra de Vietnam. El efecto de aquellas imágenes en la opinión pública consiguió acabar con la guerra. Los políticos y militares no han vuelto a permitir que vuelva a suceder algo similar; por eso, la “Tormenta del desierto” no tuvo la misma oportunidad.

El otro tema a ser tratado es la influencia de la Internet en la familia y, en este caso, el tema es similar con grandes espacios de tiempo que antes eran dedicados a la comunicación y convivencia familiar son orientados ahora a la búsqueda desenfrenada de información que, muchas veces, es justamente lo contrario: desinformación. Esto se debe a que el acceso a los espacios de Internet es incontrolado y la colocación de información en la misma no pasa por ningún tipo de filtro de índole moral y tampoco por ningún control de veracidad. Por ello, cualquiera, incluso sin pago alguno, puede ofrecer “al mundo”, los datos o material visual y/o auditivo que desee, destruyendo reputaciones o creando ídolos de una calidad intelectual y moral ínfimas.

Adicionalmente, la fragmentación de la información que obtenemos de Internet y el cable está conduciendo a los niños y jóvenes a perder, poco a poco, la capacidad del pensamiento lineal, esto es, el razonamiento, sin contribuir en nada e interfiriendo también con la capacidad de generar el pensamiento complejo del que nos habla el profesor Morin.

Otro problema que ya ha despertado la atención mundial, es el causado por el “chateo”, es decir, la conversación vía Internet que si bien es un medio barato de comunicación (el costo es el pago del Internet y la electricidad consumida para el funcionamiento de la computadora) y debería ser, por consiguiente, un elemento de ayuda para la humanidad. Por el contrario, en muchísimos casos, es empleada para el delito, sobre todo contra la infancia y el financiero.

Muchos niños (y adultos), ante la soledad, el estado de desesperanza y los estados depresivos, hallan el alivio en las palabras de extraños que les ofrecen consuelo, ayuda e incluso un cambio radical de su situación pero que, en la mayoría de los casos, sólo constituye una burla más que los sume más aún en la depresión, llevándolos incluso al suicidio, en muchos casos, y en otros haciéndolos víctimas de estafas, no sólo afectivas sino económicas.

Pero todo lo anterior podría ser, de alguna manera, manejado por un Gobierno dedicado al bienestar de su población y aquí nos encontramos nuevamente presas de paradigmas y el mal uso de conceptos y posiciones, políticas y filosóficas.

Se habla de democracia y libertad de expresión, pero en la práctica, ¿qué significa esto? Todos sabemos que se trata la democracia en teoría, pero en la práctica los países sudamericanos han tenido gobiernos que han estado y están en manos de una oligarquía que sólo se preocupa por su propio bienestar y que, simplemente, va cambiando de cabezas visibles, pero que en el fondo son lo mismo. Han salido de esta situación países como Bolivia, Ecuador, Nicaragua, Venezuela y el primero, Cuba, nuestro país anfitrión, que pese a la presión incesante y abusiva del bloqueo económico mantiene su independencia y soberanía.

La libertad de expresión ha degenerado en libertinaje y, si bien es cierto que existe cierta permeabilidad para escribir mayormente tonterías y sinsentidos, en la práctica, cuando sienten una real oposición inteligente, los gobiernos optan por cerrar el medio de expresión o asfixiarlo económicamente mediante el corte de avisaje, la aplicación de multas por faltas imaginarias y otros.

Este estado de cosas y el total desinterés por el bienestar y seguridad de la nación hace que proliferen en televisión los programas en que se busca la risa fácil a través de la vulgaridad. Asimismo, se intenta que no se ejerza control alguno sobre los programas de televisión por cable (lo contrario sería ir contra las sagradas instituciones de la globalización y libertad de prensa) y mucho menos sobre Internet.

Cuando hay un escándalo demasiado grande por algunas muertes o delitos debidos a esa falta de control, se dan apresuradamente algunas normas que, debidamente publicitadas, calman a la opinión pública hasta la aparición de alguna situación similar.

En la práctica, nuestros gobiernos acceden al poder a través de una fábrica de firmas falsas, votos prefabricados o estafando al pueblo, para satisfacer el afán de rapiña propio y de su grupo, pero no le da ninguna dirección a la nación (por lo menos ninguna dirección hacia el deseado desarrollo sostenible y humanización de la sociedad).

Quisiera, como parte final, emitir algunas conclusiones que, si bien son pertinentes primeramente a mi país, creo, con toda honestidad, que también lo son para aquellos países del continente que no han alcanzado aún gobiernos moralmente saludables:

- El mal uso y descontrol de la televisión es uno de los principales enemigos de la familia actual tanto por el tiempo que le quita a sus miembros para estar juntos e intercambiar

experiencias cuanto por la distorsión de la personalidad de los mismos al someterlos constantemente a mensajes de violencia, sexo e incitación al consumismo.

- La televisión por cable, así como proporciona distracción y algunos datos dignos de ser tomados en cuenta, también es una fuente constante de desinformación, tanto o más peligrosa, por tener cierta credibilidad.

- La Internet es igualmente fuente de desinformación y una herramienta útil para quien maliciosamente desee transmitir mensajes en pro o en contra de determinadas personas, instituciones e incluso países, a fin de lograr sus fines propios, normalmente económicos.

- El “chateo” de menores no controlado es un peligro constante para ellos, lo que lo convierte en una fuente de preocupación para padres y demás familiares.

- El desgobierno de algunos países debido principalmente al acceso al poder de personas cuyos fines son simplemente favorecer a determinados grupos y no brindar seguridad y bienestar a la nación, no sólo permite sino que favorece ampliamente este estado de cosas.

- Evidentemente, compete a nosotros, profesionales del derecho, proponer leyes que, adecuadas a la realidad de cada país, velen por la protección de la familia ante lo expuesto.



El toque de ánimas